

SUPLEMENTO SEMANAL DE LA HORA, IDEA ORIGINAL DE ROSAURO CARMÍN Q.

CULTURAL

GUATEMALA, 11 DE DICIEMBRE DE 2020



**El dinosaurio
sigue allí:
recordando a
Monterroso**

PRESENTACIÓN

El jerker la memoria es un acto de la voluntad para dar sentido a la vida y ordenar el caos de los acontecimientos del pasado. Es una reconstrucción de vivencias que recoge emociones, una selección de sentimientos organizados al que se le asigna categoría. Esa reducción histórica es la que queda cuando el escritor decide crear su propia interpretación de los hechos.

Las memorias de Max Araujo pueden comprenderse según ese deseo “demiúrgico” de elaboración de la realidad. El artificio de dimensionar las experiencias para sí mismo y para los demás. En eso consiste el valor de su texto, en resituar lo ocurrido para legitimar lo auténtico y abandonar lo espurio. Así, recordar a Monterroso como lo hace Araujo es retrotraerlo para reconocer aspectos de esa identidad compleja.

Mario Roberto Morales, por su parte, nos ofrece su “invención de la monogamia”, un texto filosófico referido al tabú de la promiscuidad. Como es habitual en nuestro escritor, más allá de su buena prosa, lo suyo es la provocación estimulante de ideas alternas, la crítica heterodoxa que anula (deconstruye) para volver a los orígenes y empezar de nuevo. Es un ensayo para leer, discutir y debatir.

Le recomendamos los demás contenidos de la edición, las contribuciones de Ana Pelicó, Adolfo Mazariegos y la carta de Jon Sobrino a Ignacio Ellacuría. Este último texto, resume el universo valórico de las intenciones de nuestro Suplemento: el ser testigos de la verdad y compartirla con nuestros lectores. Feliz fin de semana y buena lectura. Hasta la próxima.

EL DÍA QUE TITO MONTERROSO NO LLEGÓ A “EL ESTABLO” DE MIS MEMORIAS

MAX ARAUJO
Escritor

Texto que dedico al embajador Marco Tulio Chicas, quien me recordó que el 2021 es el año del centenario del nacimiento de Augusto Monterroso.

“El Establo”, un comedor que estuvo en el edificio “El Patio”, en la zona 4 de la ciudad de Guatemala, fue la sede de muchas reuniones de amigos, que durante la década de los años noventa celebramos en ese lugar, que heredó su razón comercial de otro negocio, un bar con el mismo nombre, que años atrás tuvo su sede en el segundo nivel de ese edificio. Su propietario le regaló o le vendió parte del mobiliario de dicho negocio a doña Margarita, una empleada de su confianza, y le ayudó, así me lo comentaron, para el arrendamiento de un local en el primer nivel.

El negocio del bar, el mismo dueño -creo que alemán-, lo trasladó a la avenida Reforma, y posteriormente a la Zona Viva, en la zona 10, donde todavía se encuentra. Yo tuve en el mencionado edificio “El Patio”, de 1985 al 2015, mi bufete profesional. A dos cuerdas de este edificio se encuentra la sede del Centro de Estudios Folklóricos de la Universidad de San Carlos “CEFOL”, en donde trabajaron entre otros Celso Lara, Carlos René García Escobar y Alfonso Arrivillaga, reconocidos antropólogos e historiadores. Muy cerca están también las torres del Banco Industrial, en donde había una agencia de publicidad en la que trabajó Luis Ortiz, cuentista, pintor y gestor cultural. Fue creador de varias casas de cultura y quien propuso que la plaza frente al Banco de Guatemala lleve el nombre de Carlos Mérida.

Calle de por medio de “El Patio” se encuentra otra construcción, con el nombre de “El Triángulo”. En este último tuvo su oficina profesional, como abogado y notario, Luis Enrique Sam Colop. En el mismo edificio de mi oficina tenía también su bufete Salvador Pérez García. Ambos complejos, situados en la séptima avenida de la zona cuatro, cuyo primer nivel está destinado a comercios y los siguientes a oficinas, son iconos de la arquitectura urbana de la capital de los años setenta. El Patio



debe su nombre a que el lugar donde construyó fue la parte trasera de la Casa Yurrita, en donde también se encuentra un templo católico muy conocido por su estilo ecléctico y recargado. El segundo porque fue construido en una franja de terreno que forma un triángulo.

En su último nivel está un penthouse, elegante, que fue la vivienda del arquitecto que lo diseñó, de apellido Lacape. Viví en 1976, cuando en su séptimo nivel trabajé con el Lic. Antonio González Orellana, hermano de Carlos, un famoso pedagogo

guatemalteco, con los mismos apellidos, uno de los temblores post terremoto de este año. No fue una experiencia agradable. En “El Establo” vi un par de veces a Ricardo Arjona tomando café, cuando todavía no era famoso. Llegaba al edificio, a un estudio de grabación en donde hizo unos anuncios publicitarios. De este cantautor recordaba haberlo visto cuando en la clausura del IV Congreso Internacional sobre la Protección de los Derechos Intelectuales, que se celebró en la ciudad de Guatemala en 1990, en

CULTURAL

ES UNA PUBLICACIÓN DE:

La Hora Fundado en 1920

DIRECTOR GENERAL:
OSCAR CLEMENTE MARROQUÍN

DIRECTOR:
PEDRO PABLO MARROQUÍN P.

EDITOR DE SUPLEMENTO:
EDUARDO BLANDÓN
ejblandon@lahora.com.gt

DIAGRAMACIÓN:
ALEJANDRO RAMÍREZ

nombre de los artistas nacionales entregó para la clausura un reconocimiento al presidente Cerezo por el apoyo que dio para la realización de dicho evento.

Otro asiduo al comedor indicado era don Rolando Noriega, esposo de Marina Coronado de Noriega, del desaparecido programa radial “De la olla y la sartén”. Lo veía junto a otro reconocido locutor, su socio, de quien no recuerdo su nombre. Ellos dos tomaban cerveza por lo menos una vez por semana en dicho lugar. No pasamos de los saludos. A mi bufete llegaba casi todos los días Humberto Ak’abal. Esa cercanía de personas hizo que coincidiéramos en el mismo comedor, la hora del almuerzo, de lunes a viernes, por el bajo precio del valor de su comida y su accesibilidad. Como algo normal uníamos unas mesas para compartir esos momentos.

Al enterarse otros amigos, entre ellos William Lemus, Ariel Montoya y Rafael Ruiloba, escritores también, -los últimos dos de nacionalidades nicaragüense y panameña, respectivamente, que se presentaban como exiliados en Guatemala- que en ese lugar de encuentro se daban cita personas ligadas a la cultura, se incorporaron a las reuniones. En algunas ocasiones estuvieron presente Víctor Muñoz, Luis Alfredo Arango, Quique Noriega, Paco Morales Santos, Juan Antonio Canel, Maco Quiroa, Mario Monteforte Toledo, Ali Chumacero, Manlio Argueta, José Roberto Cea, Roberto Sosa, y otros personajes.

Algunos llegaron de visita a Guatemala, y alguien los llevó para una sola vez a nuestro lugar de encuentro. A medida que pasaron los días las reuniones comenzaron a tomar una dinámica no buscada, se discutía sobre libros, autores, se compartían chismes, surgieron textos polémicos publicados en medios de comunicación, festivales y entidades como la Casa de Cultura del Centro Histórico, por medio de la cual convoqué para la creación del Festival del Centro Histórico. La revista “Pedernal” de la Comunidad de Escritores fue otro de sus productos. En algunas ocasiones los encuentros, al calor de las cervezas, se alargaban hasta el atardecer. Pocas veces me quedé más de dos horas. Tenía compromisos que atender. En mis columnas “El ojo de Max Araujo”, del diario *La Hora*, quedaron testimonios escritos de algunas de estas reuniones, así como de otros acontecimientos culturales de la época.

Y sucedía que cada año, entrado noviembre, los trabajadores del CEFOL y de las otras entidades indicadas, entraban a su periodo de vacaciones laborales, las que duraban hasta dos meses y más. Otro lujo que yo no me podía dar. Extrañaba entonces esas reuniones. Almorzar solo o con una o dos personas no tenía para mí el mismo significado. Se me ocurrió entonces, a fines del año 1994 llamar

por teléfono, a casi todos los habituales a nuestras reuniones en “El Establo”, y les informé que el 28 de diciembre, llegaría a almorzar con nosotros Augusto Monterroso. La noticia se regó. Tito no había llegado a Guatemala desde 1954, cuando salió al exilio. Era un verdadero acontecimiento.

El día señalado aparecieron más personas de las convocadas; incluso algunas que nunca habían llegado. Don Oscar de León Castillo se apersonó con una botella de whisky. Al ver tantos amigos y conocidos no me quedó más que decirles que era una broma por el día de los inocentes. Ese fue el pretexto para que, entre risas y burlas, algunos nos quedáramos en celebración hasta entrada la noche. Todo habría quedado ahí, si no fuera porque Alfonso Enrique Barrientos, gran amigo de Monterroso, tuvo noticia de la llegada de este personaje, y sin haber estado en la reunión publicó en *La Hora* una crónica de esta visita. La no llegada de Monterroso se convirtió en verdad. Años después, en 1997, le conté a Monterroso de esa anécdota, cuando nos encontramos reunidos en un restaurante de la zona diez, convocada por un grupo de compañeros de él, de la generación del cuarenta, entre ellos Enrique Augusto Noriega, organizador de la misma. Esto provocó entre los presentes un aplauso y una gran carcajada.

Tito llegó al país, ese año, para recibir el Premio Nacional de Literatura. Nos confesó que lo había recibido porque se había firmado la paz, que le puso fin a un conflicto armado de treinta y seis años. Lo rechazó verbalmente, en 1994, cuando el Ministro de Cultura en ese año, el poeta Iván Barrera, conocido de él, se lo propuso por la vía telefónica. Yo estuve presente cuando se hizo la llamada. En ese entonces los ministros decidían a veces a quién se otorgaba el reconocimiento. Otilia Lux de Cotí, cuando estuvo en el cargo estableció que sea un jurado el que lo decidiera, integrado el mismo por el Consejo Asesor de Editorial Cultura.

Fue en ese 1997 que conocí a Monterroso, ya que cuando él llegó, a fines de mil 1996, acompañando a la delegación de la URNG, para el acto de la firma de la paz, no tuve esa oportunidad. Lo vi pasar por una sala del aeropuerto junto a los comandantes. Fui parte del público que estuvo en ese lugar para presenciar la llegada de los que vinieron de México como coprotagonistas de ese acontecimiento. Fui parte también de los cientos de guatemaltecos que estuvimos en la Plaza de la Constitución cuando se firmó el acta respectiva. En esas ocasiones fui guía, voluntario, de una periodista mexicana y de su novio, un guatemalteco que residía en Los Ángeles, que me contactaron antes de su llegada.

Nuevamente Coincidió con Monterroso en 1999, cuando la Universidad Rafael Landívar, el Ministerio de Cultura

y Deportes, con el apoyo de otras instituciones, organizaron un seminario conmemorativo del centenario del nacimiento de Asturias y de Borges. Ocurrió en el hotel Dorado, hoy Barceló, en la séptima avenida de la zona 9, en el que participaron, entre otras personalidades, María Kodama, la viuda del escritor argentino, Tito y Mario Monteforte Toledo. En esa ocasión sucedió que, al finalizar las actividades del segundo día del evento, yo sugerí a varios jóvenes participantes, no recuerdo sus nombres, para que nos tomáramos un trago en el bar del lobby del hotel. Estábamos cómodamente sentados, disfrutando del momento, comentando el evento, cuando de repente apareció Monterroso, acompañado de su esposa y directamente se dirigió a mí para saludarme.

Me recordaba, a pesar de que solo una vez coincidimos en la reunión que comenté en otra parte de este texto. Yo lo presenté enseguida con los contertulios, que no salían de su asombro. Los invitamos para que se unieran al grupo y aceptaron. Minutos después se agregaron Méndez Vides y María Elena Schlesinger, su esposa, quienes habían quedado de reunirse esa noche con Tito y Barbara Jacobs. La amistad entre ellos surgió años antes, cuando Adolfo ganó el premio Nueva Nicaragua con la novela “Las Catacumbas”. Monterroso fue jurado de ese certamen, y con ocasión de la premiación se conocieron en Nicaragua. La charla con el grupo fue interesante y amena, típica de la manera de ser de nuestro narrador. Los tragos se convirtieron en tres rondas.

Pasado un tiempo Monterroso indicó

que iba al baño, a su regreso, con su esposa se despidieron de nosotros y se trasladaron al elevador que los llevó a su habitación. Luego de unos minutos solicitamos la cuenta, pero el mesero nos indicó que ya estaba pagada. Nos indicó que el señor que se había ya ido con la señora había cancelado la totalidad de lo debido. Tito tuvo la gentileza de invitarnos. La llegada a ese seminario fue la última visita de Augusto Monterroso a Guatemala. Falleció en la ciudad de México, en donde residía, el 7 de febrero del 2003. Dejó una obra literaria que ha sido traducida a muchos idiomas. Su cuento brevísimo “El dinosaurio” es muy comentado, ya que se le considera un ciclo de la historia de la humanidad. Su comienzo y su final.

Cualquier novela, análisis sociológico, antropológico, o un tratado de filosofía, escrito por otra persona, pueden terminar, si así lo desea quien lo realiza, con el texto del mencionado cuento. De ahí su universalidad. Se le considera uno de los escritores más importantes de habla española. Nació en Tegucigalpa el 21 de diciembre de 1921. Hijo de padre chapín. Creció en la ciudad de Guatemala. Siempre se consideró guatemalteco. Para mí fue un privilegio el haber compartido en dos ocasiones con él, y el que, en algunos estudios, uno de ellos, de la española Francisca Noguerol Giménez, al analizar la narrativa breve de Guatemala, me incluya, entre otros escritores, junto a Monterroso, quien en el año 2000 recibió en España el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

Sirva este texto como un homenaje previo a la conmemoración del centenario del nacimiento de Tito Monterroso.



INVENCIÓN DE LA MONOGAMIA

(BREVE REFLEXIÓN SOBRE EL TABÚ DE LA PROMISCUIDAD)

MARIO ROBERTO MORALES

Miembro de número de la Academia Guatemalteca de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española

Dicen que en los dorados tiempos del matriarcado, a nadie podía importarle quién era su padre porque la intensa práctica poligámica de las madrecitas impedía que hubiese manera de saberlo. Luego de que el primigenio conocimiento de las bromas pesadas que suele jugarnos la genética determinara la instauración del tabú del incesto, las tribus se reunían (a menudo después de guerrear por territorios) para intercambiar mujeres, lo cual ocurría mediante alegrísimas y prolongadas bacanales que aseguraban el nacimiento de niños sanos y sin los defectos que acusaban los que eran engendrados y concebidos entre familiares dentro de la cerrada comunidad tribal.

Dicen también que la monogamia se convirtió en una forma predilecta de castigo que se aplicaba a quienes violaban el tabú del incesto, encerrándolos en un hogar, condenados a tenerse sólo el uno al otro, mientras los demás se dedicaban aplicadamente a engendrar y concebir niños bellos, fuertes y sanos.

Se afirma que cuando los hombres fueron capaces de acumular riqueza, empezaron a preocuparse por la transferencia de sus bienes en la hora de su muerte, y decidieron que dejarían su herencia sólo a quienes fueran hijos suyos. Y para asegurarse de que esto ocurriera así, hubo necesidad de que la poligamia no fuera practicada más que por los hombres, y fue por eso que éstos inventaron la familia y, con ella, la virtud femenina de la virginidad como un valor que enaltecía a la mujer

en tanto ser sacrificado, haciéndola receptáculo de la bondad, la belleza y la abnegación. La familia fue, pues, la institución que viabilizó la continuidad consanguínea de la propiedad privada. Y la mujer, el pivote crujiente sobre el que se erigió el yugo familiar. El patriarcado nació y el matriarcado agonizaba. Todo, sancionado por una nueva institución encargada de decidir lo que habría de hacerse con el excedente productivo: el Estado.

De aquí que se afirme también que la monogamia como conducta socialmente aceptada y buena es reciente en la historia de la humanidad, al igual que el patriarcado, la familia y la misma propiedad privada. No se trata de disposiciones divinas sino de construcciones ideológicas para perpetuar una forma de poder. Por ello, quienes transgreden estas instituciones y sus correspondientes moralidades,

son considerados inadaptados o antisociales, y se les castiga con la pena de la marginalidad respecto de lo bueno, lo bello y lo civilizado.

Si todo lo que se dice fuera cierto, habría que aceptar que los instintos se hallaban en mucha mejor situación social en tiempos del matriarcado que en los del patriarcado, ya que, ahora, los mismos deben ejercerse en forma oblicua y clandestina, lo cual los impregna de un inmerecido tinte de ilegitimidad que siempre viene asociado a la culpa cristiana, haciendo del seguimiento de los pasos de la naturaleza un delito en contra de la civilización.

Por eso suele afirmarse también que la civilización se opone a la naturaleza, a los instintos, al impulso; ya que pretende normarlos y ordenarlos, lo cual equivale tanto como a parar el caudal de un río con las manos o a impedir el crecimiento de una raíz de ceiba con un vulgar bloque de cemento.

Siguiendo esta lógica, la asociación del ejercicio de la poligamia con la culpa quizás vendría a ser la perversidad más grande que ha perpetrado la humanidad en contra de sí misma. Por lo cual, la religión, la política, el mercado y las ideologías (es decir, la civilización tal como la conocemos) no pueden jamás ser instrumentos de emancipación del tribalismo caníbal que impera en el siglo XXI, pues es obvio que un tribalismo sin matriarcado no puede ser un tribalismo feliz. Esto, debido a que la necedad egoísta de querer estar seguros de su paternidad, hace de los hombres los respetables antropófagos de la actualidad, considerados por el vulgo tanto más virtuosos cuanto más legitimados estén por la religión, la política, el mercado y las ideologías.

La inútil obsesión monogámica vendría a ser entonces uno de los inequívocos signos de la decadencia de las civilizaciones actuales. Pero lo más sorprendente no es esto, sino lo increíblemente hermosa, placentera y plausible que resulta ser la obvia solución a nuestros males, así como el carácter terriblemente absurdo y suicida de la aplicada renuncia que a esa solución hacen, con lujo de cotidiana impudicia, los respetables hombres y mujeres de buena voluntad.





CUENTO LA NOCHE MÁS OSCURA

ANA CRISTINA DEL ROSARIO PELICÓ SUÁREZ
Tercer lugar Certamen Literario Universidad Da Vinci

Te contaré la historia de Alicia, una joven de veintitantos años que era amante de lo paranormal, hasta hace poco. La joven siempre estaba investigando en su computadora sobre cosas paranormales, “creepypastas”, historias totalmente aterradoras, que por obvias razones no creía que fueran ciertas, pero le causaba cierto interés el miedo que podía causar.

Incluso Alicia llegó a crear una página web en la que subía contenido exclusivo de miedo para sus seguidores. Llegó el momento de subir material a su página, pero en realidad no tenía ni la menor idea de lo que iba a subir, las cosas que había visto ya eran muy visualizadas y perdían su gracia... estaba perdida.

Antes de ir a la cama, se quedó pensando en lo mucho que iba a defraudar a sus seguidores si no subía contenido, pero... ¿qué podía hacer Alicia? No se le ocurría nada, estaba algo aturdida, aunque se imaginaba que tal vez no se molestarían ya que era la primera vez que esto ocurría y no siempre se puede estar al 100.

Estaba en un profundo sueño, pero era algo confuso. Soñaba que se encontraba en un laberinto, no podía encontrar la salida, se encontraba totalmente desesperada, estresada y con mucha sed, pensó que iba a morir en ese laberinto, pero algo ocurrió. ¿Qué crees que le ocurrió a Alicia? Pues... fue una revelación.

En el sueño aparecían todos los personajes de las “creepypastas” que había leído y todas les decían que ella inventará su propia historia de terror, no necesitaba de otras personas para poder hacerlo, las voces eran más fuertes, le decían “crea”, “imagina”, “piensa”, “sueña” ... Ten miedo, mucho miedo.

Ella despertó, estaba empapada en sudor, temblaba

de una manera exagerada. Pensó que el tanto ver las cosas de terror le había causado una pesadilla, así que decidió escribir lo que soñó en su sitio web. Como era de esperarse llegaron muchas críticas, se imaginarán fueron más malas que buenas.

Al día siguiente Alicia pensó... ¿por qué no escribir mis propias historias y hacerles caso a mis sueños? Y así fue, Alicia comenzó a escribir. Seres inimaginables, eran horribles, lo que escribía podía causar miedo a cualquiera, pero ella pensaba que no era nada malo. Cuando menos lo imagino tenía un cuaderno lleno de “creepypastas”, así que decidió comenzar a contarlas. Toda la gente quedó sorprendida ante las leyendas de Alicia, ella por su parte, se encontraba muy contenta por ellas.

Una noche como era de costumbre Alicia se encontraba escribiendo su historia en el escritorio de siempre, pero sentía cierta incomodidad así que decidió seguir escribiendo en la cama. En esas estaba, cuando... (Temblor) su cama se comenzó a sacudir de una forma terrible, ella asustada salió corriendo de su cuarto descalza, escandalizada comenzó a gritarles a sus padres que salieran, la casa iba a caerse, pero para su sorpresa nadie contestó...

La joven Alicia vio a todas partes y se encontraba completamente sola... ¿Acaso era un sueño de nuevo? ¿Qué estaba ocurriendo? Era tan real lo que había sucedido. Cerró los ojos y comenzó a susurrar “despierta por favor, despierta”, pero lo que estaba ocurriendo era real, no sabía en dónde estaban sus padres y mucho menos sabía si ese temblor había ocurrido.

Decidió regresar a su habitación y calmarse.

En ese instante Alicia vivió la noche más oscura de su vida... no se imaginan lo que vio. Todos los seres que había escrito estaban en su habitación, eran una cosa horrible y sin forma, todos la veían con mirada intimidante. Ella comenzó a gritar, estaba horrorizada por lo que veía, hasta que uno de esos seres con una voz horrible le dijo: “Somos lo que somos por ti, tú nos creaste ahora debes vivir con ello”.



Alicia no podía creer lo que veía, lo que ella había inventado ahora existe. No me pregunten de dónde saco valor la joven Alicia, pero les dijo a los entes que se fueran, que ellos no existían, ellos solo eran producto de su imaginación, pero aquellos entes nunca se fueron de la habitación de Alicia.

Aquella noche no se sabe qué más sucedió, pero hoy en día la pequeña Alicia se encuentra internada en un lugar para personas con problemas de salud mental.

EPISTOLARIO

CARTA DE JON SOBRINO A IGNACIO ELLACURÍA

Querido Ellacu: Es una ficción escribirte, pero quizás de este modo nos digamos a nosotros mismos cosas que pueden ser importantes. Y con ello también quisiera ambientar un poco el aniversario de tu martirio. Te voy a hablar de tres cosas de actualidad, tal como las veo, que tienen ver con lo que tú fuiste y dijiste.

1. **El “siempre” del pueblo crucificado.** Ya no se habla mucho de “pueblos crucificados” como lo hiciste tú y Monseñor Romero, llegando a esa genial formulación, creo que independientemente el uno del otro, y guiados del mismo espíritu salvadoreño y cristiano. Y menos aún se insiste en que ese pueblo crucificado es “siempre” el signo de los tiempos, como lo escribiste en el exilio de Madrid. La razón para ese silencio no es que vuelva a estar en boga el pensamiento utópico de Ernst Bloch, filósofo, o de Teilhard de Chardin, teólogo.

Y el mundo no está mejorando, sino que sigue gravemente enfermo, como dijiste en tu último discurso. Lo que ha empeorado es la honradez con lo real, y el “siempre” no es políticamente correcto. Pero no hay que darle vueltas. Siguen existiendo Haití y Somalia, y la nueva epidemia del homicidio, de 12 a 15 asesinatos diarios en el país en los últimos años, la enfermedad más mortífera en nuestro país. “Lo light” ha avanzado mucho en el modo de pensar y “lo políticamente correcto” ha esclavizado el lenguaje: “vulnerabilidad”, “los menos favorecidos”, “países en vías de desarrollo”. Nada suena mal.

Por ello, mencionar el “siempre” parece ser cosa de masoquistas irredentos. Pero no es así. En el país siempre llueve, y este año también. En la naturaleza siempre es lo mismo: torrentes, destrucción y muerte. Pero también siempre son los mismos los que sufren las consecuencias, los que viven en quebradas, en champas y casas pobres. La pregunta de Gustavo Gutiérrez sigue siendo la pregunta fundamental: “¿dónde dormirán los pobres?”. Hay pueblos depredados como el Congo, pueblos ignorados como Haití, pueblos inundados, como los nuestros... Siguen siendo el pueblo crucificado.

¿Y los ricos y poderosos? Siempre sufren algunos daños, pero casi siempre los superan sin mucho costo. Y nada digamos de las crisis financieras: se invierten miles de millones de dólares o euros para que no se hunda el sistema. El pueblo crucificado no da la vida por supuesto, pero los pueblos ricos sí, y además tienen la profunda convicción de ser los elegidos: dan por supuesto la vida, y están convencidos de que el buen vivir les es debido. Elevan la realidad a escándalo metafísico si a ellos les ocurre algo grave. Pero si cosas mucho más graves ocurren en África o en el Bajo Lempa, no hay escándalo. Pertenece al existencial histórico de haber nacido pobres.



Jon Sobrino.

Pero quiero añadir, Ellacu, que hay también otro “siempre”. Hay mucha gente honrada que trabaja para que “el pueblo inundado” -hablamos de El Salvador- no acabe muriendo como “pueblo desplazado” o como “pueblo ahogado”. La entrega y la bondad también tienen su “siempre”.

Y a veces surge un Dean Brackley que, cuando le dicen que muchos rezan por él, contesta con toda sencillez: “Recen por los que tienen cáncer y no pueden tener la atención médica que yo tengo. Y recen por los que estos días se han quedado sin casa y sin comida”.

2. **“Qué hacer con los buenos”.** La pregunta puede extrañar, pero se me ha impuesto, debido, precisamente, al revuelo que ha causado la audiencia de Madrid. Trabajar para que se juzgue a los responsables últimos de tantos asesinatos en este país, los de ustedes y los de dos mujeres inocentes, es cosa muy buena y muy necesaria. Puede traer muchos bienes. Y puede ser una gran ayuda, y muy necesaria, para que se acabe, o se mitigue, la impunidad.

Por cierto, no ha salido en las noticias, pero mucho nos hemos alegrado de que los militares argentinos que en 1976 ordenaron el asesinato del obispo Enrique Angelelli, vayan a ser juzgados 35 años después. Es un ejemplo, poco extendido, de que la verdad puede triunfar sobre una mentira y un encubrimiento, que tienen millones de dólares y armas sofisticadas a su servicio. Que la justicia puede triunfar sobre la crueldad y la vileza. Y

que la civilización de la impunidad, muy afín a la civilización de la riqueza contra la que nos advertiste, tercamente, hasta el final, se vea un poco frenada.

Con el juicio de los militares argentinos no desaparecen todos los males, y el mundo del capital, aun con algunos avances y algo de democracia, sigue produciendo víctimas impunemente. Además, ha conseguido crear una civilización de encubrimiento, aunque siempre hay quien las desenmascara de diversas formas: obispos como Casaldáliga y ahora “los indignados”. Esperamos que la audiencia de Madrid tenga éxito, y que en El Salvador ocurra lo de Argentina, aunque, evidentemente, fuerzas poderosísimas fuerzas están en contra de que eso ocurra.

En esta situación, sin embargo, me ha venido a la mente una pregunta que puede parecer rara. Dicho con sencillez, parece que sabemos qué hacer “con los malos”, para que nuestro proceder produzca bienes, por supuesto: instaurar verdad y justicia en el país, llegar a ofrecer perdón -aunque más difícil que perdonar es dejarse perdonar. Y gente muy buena trabaja por ello.

También sabemos, al menos en principio, qué hacer con las víctimas: lo que Puebla dice que Dios hace con los pobres, “tomar su defensa y amarlos”. Y no son, en absoluto, palabras inocentes, pues tomar su defensa supone inevitablemente entrar en graves conflictos. Significa entrar “en la lucha por la justicia”, “la lucha crucial de nuestro tiempo”,

como dijo la Congregación General XXXII.

Pero ¿sabemos qué hacer “con los buenos”, con los santos? Ciertamente, ponerlos a producir, aprender de ellos, sus ideas y convicciones, sus modos de actuar... Y agradecerles.

Estos días se nos impone la pregunta: qué hacer con Dean Brackley. Se ha velado y acompañado su cadáver. El amor y el agradecimiento se han desbordado, con lágrimas y gozo, en muchas celebraciones, en el cementerio.

Pero todavía me queda el desasosiego de saber qué hacer con Dean, con Monseñor Romero, con gente como ustedes. Con Jesús de Nazaret. La respuesta es sencilla: ser como ellos, seguirlos en su hacer y en su ser, imitarlos, historizadamente, como tú decías. En definitiva, dejarnos afectar por “los buenos” y los santos en nuestro hacer, y más profundamente todavía en nuestro ser.

Entiéndeme bien, Ellacu. Bueno y necesario es saber reaccionar ante lo que hacen los malos, y actuar adecuadamente con ellos. Bastantes personas e instituciones lo hacen. Pero creo que debemos avanzar en reaccionar ante los buenos, intentando ser como ellos. Difícil, sí. Pero necesario para humanizar este mundo. Y también esta iglesia.

3. Dean Brackley

Ellacu, estas palabras te sonarán. “Con Dean Brackley Dios pasó entre nosotros”. Pienso que no hay mayor confesión de fe que afirmar que Dios sigue pasando por nuestro mundo. Es la fe que más me llena. Y como Dios se hace presente en seres humanos, ellas y ellos, jóvenes y viejos, salvadoreños y norteamericanos, mártires y confesores, como se decía antes, el misterio se desdobra en muchas formas, convergentes, y así es un misterio mayor. Dios pasó con Monseñor y Dios pasó con Dean.

En los muchos testimonios de esta Carta a las Iglesias -Amor y Testimonios lo titulamos- se narra ese paso de Dios. Elijo solo uno, el de la doctora Miny: “*Dean, I love you so much... forever*”. Es lenguaje bello y de eternidad Lenguaje que remite a misterio. También Dean, semanas antes de morir, habló en su testamento del paso de Dios, en él, con gran humildad, sencillez y lucidez. Ahora, en otro lenguaje, más conceptual, pero espero que comprensible, quiero hablarte de Dean ante Dios y con Dios.

Lo primero es que Dean murió empapado de Dios. Así lo veo, aunque en ese misterio solo se puede entrar de puntillas. En su último libro cuenta Dean sus problemas con Dios, sus épocas de agnosticismo, frecuentes. Me recordó unas palabras tuyas de junio de 1969 que he citado muchas veces: “Rahner lleva con elegancia sus dudas de fe”, y pensé que algo semejante te ocurría a ti. Pero a lo largo del libro, Dean ofrece su propia fe, honda y sencilla, y muy real.

Y los lectores quedan sorprendidos al leer el prólogo escrito por la encargada de la editorial para juzgar sobre la calidad del libro. Se reconoce agnóstica, sin que el asunto de Dios le preocupe gran cosa. Pero confiesa que, leyendo el texto, su interés profesional se convirtió en interés existencial, personal. El texto le llevó a Dios, y Dean la bautizó un año después. Luchando con Dios, como Jacob, o dejándose seducir por Dios, como Jeremías, Dean llegó a Dios. Y quedó empapado de Dios.

En ese proceso Dean confiesa con inmensa gratitud que se encontró con los pobres. Cuántas

veces escribiste, Ellacu, que los pobres son el lugar del evangelio y el lugar de Dios. Y también recuerdo las palabras de Porfirio Miranda: “El problema no es buscar a Dios, sino buscarlo allá donde él dijo que estaba. En los pobres”. Es cierto que no siempre se encuentra a Dios, estando entre los pobres, pues entre ellos y trabajando por ellos, hay agnósticos que son espléndidos seres humanos, y siguen siendo agnósticos. Pero en la mejor tradición de Jesús, el Dios que se encuentra entre los pobres tiene un sabor especial. Pienso que la misericordia se puede hacer más delicada, la justicia se más firme, la verdad más sin componendas y la fidelidad más sin medir los costos.

El Dean empapado de Dios fue un ejemplo notable de interesarse por todas y cada una de las personas con quienes convivió y a quienes buscó. Todas y cada una de ellas, compañeros jesuitas, familiares, feligreses de Jayaque y de la UCA, amigos y amigas, salvadoreños, norteamericanos y europeos, y por supuesto los desheredados y pequeños, tenían un nombre muy concreto para él. Cada uno era inintercambiable. Eso hizo que su servicio fuese de gran finura. Y me recuerda al Jesús que conocía a todas sus ovejas por sus nombres.

Y su Dios fue, de verdad, el de la creación. No por moda, algunas de las cuales son muy buenas, Dean puso gran interés en la mujer y el feminismo, en el ecumenismo, y era muy amigo de gente de otras iglesias, en la ecología, y creo que hasta en las causas indígenas. Los argumentos fundamentales no eran categoriales, ni tomados de normas de la jerarquía ni de la doctrina social. Creo que para Dean el argumento era que Dios es un Dios de todos.

Dean me ha recordado unas palabras de Monseñor Romero que he citado muchas veces. Son del 10 de febrero de 1980, en medio de la barbarie que reinaba en el país. Dijo Monseñor. “¡Quien me diera, queridos hermanos, que el fruto de esta predicación fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios y que viviéramos la alegría de su majestad y de nuestra pequeñez!”. Para Monseñor Romero Dios

no empequeñecía al hombre, pero para el hombre era bueno empequeñecerse ante Dios. Esto me recuerda a Dean.

Nunca se puso en primer lugar, ni hablaba de sí mismo cuando las cosas salían bien –“han sido un éxito”- porque él las hubiera hecho. Simplemente, se alegraba del bien. Me recordaba a Pablo en su carta a los Corintios: “El amor es paciente, es afable, el amor no tiene envidia, no se jacta ni se engríe, disculpa siempre, se fía siempre, espera siempre, aguanta siempre”. En esto Dean me recordaba al gran Padre Arrupe. Creo que siempre pensó en los demás antes que en sí mismo. Nunca se preocupó de que reconocieran lo bueno que hacía. No es frecuente, y por eso sorprende e impacta. Y ayuda también a desabsolutizarnos y a vivir con alegría nuestra pequeñez ante Dios, como decía Monseñor

Una última reflexión. Dean no murió mártir como ustedes, pero sus últimos meses fueron un martirio, de cuerpo por los sufrimientos de un cáncer de páncreas muy doloroso, y de alma cuando le asaltaron miedos, sentirse solo, que no le recordase...

El Padre Dean no murió crucificado, pero vivió hasta el final participando activamente en las cruces de este mundo. Trabajó con poder, es decir, con fuerza y energía, para bajarlos de la cruz. Y siempre se pensó a sí mismo en último lugar. Como el Dios crucificado.

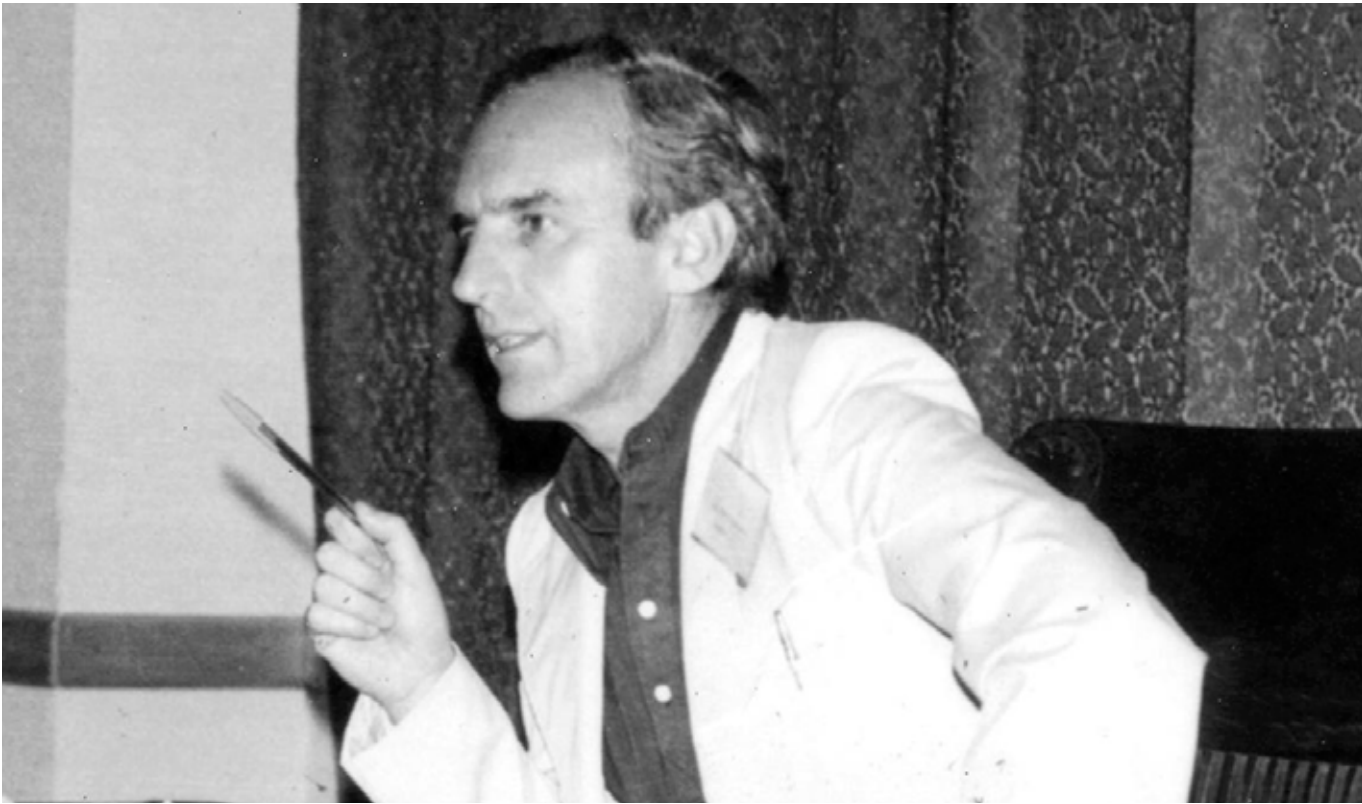
Las últimas palabras de Dean son palabras de gratitud, a fondo perdido, sin poder poner pie en tierra firme. Pero la gratitud vive de otros y para otros, de Dios y para Dios. Los agradecidos pueden hacer que la realidad sea gracia. Ellacu, si me permites la expresión -creo que es un neologismo- los agradecidos pueden “buenear la realidad”. Eso es lo que hizo Dean.

Ellacu, ya ves que, en medio de muchos males y a pesar de todo, estamos contentos. Ustedes, Julia Elba y Celina, Jon Cortina y el padre Ibisate, ahora nuestro querido Dean Brackley, han estado con nosotros. Y con ustedes Dios ha estado con nosotros. No se puede pedir más.

Un abrazo, Jon

27 de octubre, 2011

Ignacio Ellacuría.



POESÍA

AVES DE AGUA

ADOLFO MAZARIEGOS

Adolfo Mazariegos (Guatemala). Es profesor de Ciencia Política y columnista de prensa. Ha publicado los libros “Utópolis” (No-Ficción, 2019); “Cuestión de tiempo” (Novela, Magna Terra, 2018); “Régimen de Convención” (No-Ficción, 2013) y “Un lugar igual... Pero distinto” (Cuentos, Magna Terra, 2011). Sus relatos y cuentos cortos han aparecido en publicaciones de España, Argentina, Uruguay, Estados Unidos, México y Guatemala. “Aves de agua” es su primer libro de poesía.

Abismo

Abre la ventana
y deja que el suspiro de la noche
raudo acuda,
que las luciérnagas de lumbre
te señalen un sendero
hacia el delirio,
mientras el surco en tus trigales
me conduce al abismo,
mientras los pájaros de lluvia
se refugian
en las sábanas de un tiempo
sin olvido

Apaga la luz
para que pueda convencerme
de que afuera el mundo ya no existe,
para que pueda verte
con las yemas de mis dedos
extraviados en tus laberintos,
para hurgar entre los recovecos
de tus rotundas catedrales,
mientras los minutos de la noche
se consumen
y las brasas en la hoguera
de tu cuerpo estallan

Toma mis manos
cuando empiece la alborada,
escóndelas bajo la almohada
entre los hilos de lo cierto,
que sea mi tacto el que descubra
vendavales de domingos,
y que el suspiro de la noche
que ha cruzado tu ventana
se haga fuego en las entrañas
para al fin, morir de nuevo.
Sólo entonces,
que venga la mañana.

Después del delirio

Amanece entre los
cuerpos moribundos,
entre los escombros y las horas
de un reloj sin tiempo,
entre las estelas
de la noche y del delirio,
entre los cuadernos
de la faz de toda gloria

Amanece entre la
arena y la ceniza,
entre los labios y las grietas
de la historia,
en las raíces de
la piedra y de la tierra,
en las canículas
e inviernos torrenciales

Amanece entre los
cuerpos moribundos,
en las aureolas
y en los besos consumidos,
en las conquistas
de los montes confundidos,
y en el hallazgo
de tus ínsulas certeras.

Instantes

Una campanada suena
a lo lejos,
más allá del monte y los caminos,
más allá del fuego en la hojarasca,
allá donde cantan los cenizales
en las madrugadas,
donde el sol se vuelve
una pastilla de miel espesa



Una campana suena
a lo lejos,
la golpea su badajo
tras las colinas,
allá donde nacen las historias,
donde anidan sueños conocidos,
donde sanan las mayúsculas heridas

Suena una campanada
y no se pierde el horizonte,
no hacen falta las palabras
ni las voces nuevas,
no hacen falta las miradas
de los ojos encharcados,
porque todo pasa, porque todo queda
allá, donde suena una campanada.

Los días idos

Cendal de lluvia
en las pupilas de los desterrados,
en las ramas de la jacaranda
donde anida el ave
del olvido,
donde llora un hombre,
donde duerme un niño,
donde queda el rostro
de los días idos.

Y de repente...

Y de repente,
abrimos la ventana
de la desmemoria,
y caminamos por senderos
viejos, amarillos,
mientras un barco de papel navega
entre las nubes,
mientras el viento trae
antiguas voces...

